

parece bastante á la víbora, pero sus cabezas no están comprimidas.

La serpiente silbadora se ha multiplicado mucho en la Georgia y las Floridas: tiene diez y ocho piés de longitud, y su piel está sembrada de manchas negras en un fondo verde. Cuando se acercan á ella, se aplasta, ofrece á la vista deferentes colores, y abre la boca silbando. Debe procurarse cuidadosamente no entrar en la atmósfera que la rodea, porque tiene el poder de descomponer el aire que la circunda, y este aire, aspirado imprudentemente, produce la languidez. El hombre atacado desfallece, sus pulmones se vician y al cabo de algunos meses muere de consunción: esta es la opinion de los habitantes del país.

ARBOLES Y PLANTAS.

Los árboles, arbustos, plantas y flores trasplantados á nuestros bosques, campos y jardines, anuncian la variedad y riqueza del reino vegetal en América. ¿Quién no conoce hoy el laurel coronado de rosas, llamado *magnolia*, el castaño que lleva un verdadero jacinto, el catalpa que reproduce la flor de naranjo, el tulípero que toma el nombre de su flor, el arce azucarero, el haya purpúrea, el sasafrás, y entre los árboles verdes y resinosos, el pino de lord Weymouth, el cedro de la Virginia, el balsamero de Gilead y el ciprés de la Luisiana de raíces nudosas, tronco enorme, y cuyas hojas se asemejan a un encaje de musgo? Las lilas, las azáleas y las pompaduras, han enriquecido nuestras primaveras; las aristolóquias, las asterias, las bigonias, las decumarias y los celustris han mezclado sus flores, sus frutos y sus perfumes á la verdura de nuestras yedras.

Las plantas floridas son innumerables: la efímera de Virginia, el helonias, el lirio del Canadá, el lirio llamado *sobertio*, la tigridia de penacho, la aquilea rosácea, la dalia, la helenia de otoño y los *phlox* de todas especies, se confunden hoy con nuestras flores nativas.

En fin, hemos exterminado casi por completo la población salvaje, y América nos ha dado la patata, que evita para siempre el hambre entre los pueblos destructores de los americanos.

ABEJAS.

Todos estos vegetales alimentan brillantes insectos. Estos han recibido en sus tribus nuestra mosca de miel que ha ido á descubrir aquellas sábanas y selvas embalsamadas, de que se contaban tantas maravillas. Háse observado que los colonos son frecuentemente precedidos en los bosques de Kentucky y de Tenesee por las abejas; vanguardia de los labradores, son el símbolo de la industria y de la civilización que anuncian. Extranjeros en la América, llegados en pos de las velas de Colon, estos conquistadores pacíficos no han arrebatado á un nuevo mundo de flores sino los tesoros, cuyo uso ignoraban los naturales, y no se han servido de aquellos tesoros, sino para enriquecer el suelo de que los habían extraído. ¿Cuánto no deberíamos felicitarlos, si todas las conquistas se pareciesen á las de aquellas hijas del cielo!

Las abejas empero han tenido que rechazar las miríadas de cínifas y mosquitos que atacaban sus cínifas en los troncos de los árboles; mas su genio ha triunfado de aquellos envidiosos, perversos y deformes enemigos. Las abejas han sido reconocidas como reinas del desierto; y su monarquía administrativa se ha establecido en los bosques al lado de la república de Washington.

COSTUMBRES DE LOS SALVAJES.

De dos modos igualmente incompletos puede pintarse á los salvajes de la América Septentrional: el uno ocupándose solo de sus leyes y costumbres, sin entrar en el detalle de sus trajes caprichosos y de sus hábitos con frecuencia repugnantes para los hombres civilizados, y en este caso no se tendrán mas que griegos y romanos, porque las leyes indias son graves y las costumbres en muchos casos llenas de atractivos.

Y el otro modo, por el contrario, representando solo los usos y trajes de los salvajes, prescindiendo de sus leyes y costumbres; en este caso solo hallamos cabañas ahumadas é infectas, en las cuales viven retirados una especie de monos con palabra. Sidonio Apolinar se lamentaba de verse obligado á oír el ronco lenguaje del germano y á frecuentar la compañía del borgoñon que se frotaba con manteca los cabellos.

Ignoro si la rústica vivienda del viejo Caton, en el país de los Sabinos, era mucho mas aseada que la choza del iroqués. El maligno Horacio sería el único que podría sacarnos de dudas.

Si se pinta con los mismos caracteres á todos los salvajes de la América Septentrional, se alterará indudablemente el parecido, pues los salvajes de la Luisiana y de la Florida, difieren en muchas cosas de los del Canadá; y por lo tanto, sin pretensiones de trazar la historia particular de cada tribu, he resumido, cuanto he podido adquirir acerca de los indios bajo los títulos siguientes:

Matrimonios. hijos, funerales; cosechas, fiestas, danzas y juegos; año, division y cómputo del tiempo, calendario natural; Medicina; lenguas indias; caza; guerra; Religión; gobierno, y por último, en una conclusión que abraza la sociedad india bajo todos aspectos, presento la América tal como se ofrece hoy á la consideración del viajero y del observador.

MATRIMONIOS, HIJOS, FUNERALES.

Conócense dos especies de matrimonios entre los salvajes: el primero se verifica por la simple conformidad del hombre y la mujer, y en este caso, el compromiso es de mas ó menos duración, segun el plazo que ha placido fijar á la pareja. Terminado éste, los dos esposos se separan á imitación del concubinato legal europeo de los siglos octavo y noveno de nuestra era.

El segundo enlace se ejecuta tambien en virtud del mútuo consentimiento del hombre y la mujer, pero mediante la intervencion de los parientes. Aunque este matrimonio carece de límite, puede romperse pasado un número determinado de años, y se ha observado que entre los indios se prefiere el segundo matrimonio, es decir, el legítimo, por las jóvenes y los viejos, y el primero por las viejas y los jóvenes.

Cuando un salvaje ha resuelto contraer matrimonio legal, va á hacer la petición á los parientes de la novia, acompañado de su padre. Este se adorna con un traje que estrena para esta solemnidad; engalana tambien su cabeza con plumas nuevas, se quita la antigua pintura de su rostro para reemplazarla con un nuevo afeite; muda el anillo que pende de su nariz ó de sus orejas; toma en su mano derecha un calumet forrado de blanco, y cuyo cañon azul está adornado con plumas de colas de aves, y en su mano izquierda sostiene el arco con la cuerda floja, á guisa de baston. Su hijo le sigue cargado de pieles de osos, de castores y dantas, y lleva dos collares de porcelana de cuatro vueltas y una tórtola viva en una jaula.

Los pretendientes se dirigen primero á la casa del pariente mas anciano de la novia; entran en su cabaña, se sientan ante él en una estera, y el padre del joven guerrero, tomando la palabra, dice: «Hé aquí unas pieles; los dos collares, el calumet azul y la tórtola, piden tu hija en matrimonio.»

Si son aceptados los presentes, el matrimonio está concluido, porque el consentimiento del abuelo ó del saquem mas antiguo de la familia, implica el consentimiento paterno. La edad es la fuente de la autoridad entre los salvajes; y así cuanto mas anciano es un hombre, mas poder tiene. Estos pueblos derivan el poder divino de la eternidad del Gran Espiritu.

Algunas veces suele el viejo imponer ciertas restricciones á su consentimiento, aun cuando acepte los presentes, y esto se da á entender, cuando despues de haber aspirado por tres veces el vapor del calumet, el fumador arroja la primera bocanada en lugar de tragársela como ejecuta cuando el consentimiento es pleno.

De la cabaña del viejo pariente, pasan al hogar de la madre y de la joven prometida, y cuando los sueños de esta han sido infaustos, su espanto es grande. Para ser favorables los sueños no han de haber representado espíritus, antepasados, ni patria, sino cunas, aves y ciervas blancas. Hay no obstante un medio infalible de conjurar los ensueños funestos, y es el suspender un collar rojo al cuello de un muñeco hecho de encina: la esperanza de los hombres civilizados ha colocado tambien collares rojos en sus muñecos.

Desde esta primera petición hasta la conclusion del matrimonio, pasa un espacio de tiempo considerable, y durante él todo parece haberse concluido: la virtud predilecta del salvaje es la paciencia. En los peligros mas inminentes todo debe ofrecer el carácter ordinario, pues aunque el enemigo esté á las puertas, ningun guerrero dejará de fumar tranquilamente su calumet de paz, y sentado al sol con las piernas cruzadas, pasaria por una vieja.

Cualquiera que sea la pasión del joven, su deber le impone la obligación de afectar la indiferencia mas fria y esperar las órdenes de la familia. Segun la costumbre establecida, los esposos deben vivir primero en la cabaña de su pariente mas anciano; pero con mucha frecuencia, disposiciones particulares se oponen á la observancia de esta costumbre. El futuro esposo construye entonces su cabaña, eligiendo casi siempre para situarla algun valle solitario, junto á un riachuelo ó una fuente, y bajo un bosque que la pueda ocultar.

Todos los salvajes son como los héroes de Homero, médicos, cocineros y carpinteros. Para construir la choza nupcial, se clavan en tierra cuatro palos de un pié de circunferencia y doce de altura, y que están destinados á marcar los cuatro ángulos de un paralelogramo de veinte piés de largo por diez y ocho de ancho. Unas mortajas abiertas en los palos, reciben unos travesaños que forman, llenando de tierra sus intervalos, las cuatro paredes de la cabaña.

En las dos murallas longitudinales se practican dos aberturas, una de las cuales sirve de entrada al edificio, y la otra conduce á una segunda pieza, semejante á la primera, pero mas pequeña.

Nadie debe ayudar al presunto esposo mientras sienta los cimientos de su morada; pero adelantado ya su trabajo, todos sus compañeros le auxilian en él. Estos llegan cantando y danzando, y conduciendo instrumentos de albañilería hechos de madera, sirviéndoles de llana el homoplato de algun gran cuadrúpedo. Agarran la mano de su amigo, saltan sobre sus espaldas, se chancean con él acerca de su matrimonio, y concluyen la cabaña. Subidos sobre los palos y las paredes empezadas, forman el techo con cortezas de abedul y rastrojos de maíz; y mezclando pelos de

bestias salvajes y paja de avena—loca cortada con arcilla roja, cubren con esta mezcla las paredes interiores y exteriores. En el centro ó en una de las extremidades de la sala principal, colocan los obreros cinco largas pérticas que rodean de yerba seca y mortero: esta especie de cono hace los oficios de chimenea, y da salida al humo por una abertura practicada en el techo. Todo este trabajo se ejecuta en medio de algazara y cantos satíricos, cuyo mayor número son groseros, sin que por eso dejen de carecer de gracia algunos de ellos.

«La luna oculta su frente en una nube; está avergonzada y sonrojada porque sale del lecho del sol. Así se ocultará y se sonrojará... al día siguiente de sus bodas, y nosotros la diremos: dejáenos ver tus ojos.»

Los golpes del martillo, el ruido de las llanas, el chasquido de las ramas al romperse, las risas, los gritos y las canciones, se oyen á gran distancia, y las familias todas salen de sus aldeas para tomar parte en su regocijo.

Terminada la cabaña por la parte exterior, se la reviste con yeso por dentro si el país lo proporciona, y con greda en defecto del yeso; se arranca el césped que haya quedando dentro del edificio, y los obreros danzan en el suelo húmedo que bien pronto queda apisonado é igualado. Esteras de caña tapizan en seguida aquella área y las paredes de la habitación, y en pocas horas se concluye una choza que con frecuencia encierra bajo su techo de corteza mas felicidad que la que se halla bajo las bóvedas de un palacio.

Al día siguiente se llena la nueva habitación con todos los muebles y comestibles del propietario: esteras, escabeles, vasos de tierra y de madera, calderas, cubos, pernils de osos y dantas, tortas secas, gavillas de maíz y plantas para alimento ó remedios: estos diversos objetos se cuelgan en las paredes ó se colocan en tablas, y en un agujero guarnecido de cañas, se echa el maíz y la avena—loca. Los instrumentos de pesca, caza, guerra y agricultura, la esteva, los lazos, las redes hechas con la médula interior de la falsa palmera, los anzuelos, los dientes de castor, los arcos, las flechas, los rompe-cabezas, las hachas, los cuchillos, las armas de fuego, los cuernos para llevar la pólvora, los chichikues, los tamboriles, los pitos, los calumets, el hilo de nervio de cabra, la tela de morera ó abedul, las plumas, las perlas, los collares, el negro, el azul y el bermellon para el adorno, una multitud de pieles, unas adobadas y otras con pelo: tales son los tesoros con que se enriquece la cabaña.

Ocho dias antes de la celebración del matrimonio, la joven se retira á la cabaña de las purificaciones, lugar retirado donde las mujeres entran y permanecen por espacio de tres ó cuatro dias por mes, y donde van á parir. Durante los ocho dias de retiro, el guerrero comprometido, caza: deja la caza en el punto donde la mató, y las mujeres la cogen y llevan á la cabaña de los parientes para el festin de las bodas. Si la caza ha sido buena, se saca de ella un augurio favorable.

Llegado por fin el gran dia, los juglares y los principales saquems son invitados á la ceremonia. Muchos jóvenes guerreros van á buscar al desposado á su casa, mientras que otra porcion de doncellas van á buscar á la desposada á su cabaña. La pareja prometida se adorna con las plumas, collares y vestidos de pieles mas bellos, y de colores mas brillantes.

Ambas comitivas llegan al mismo tiempo, aunque por caminos distintos, á la choza del pariente mas anciano. Practicase una segunda puerta en aquella choza, en frente de la puerta ordinaria, y el esposo, rodeado de todos sus compañeros, se presenta por una de las puertas; la esposa rodeada de sus compañeras

se presenta por la otra. Los saquems de la fiesta están sentados en la cabaña con el calumet en la boca, y los nuera y el yerno se colocan en rollos de pieles, á una extremidad de la cabaña.

Entonces comienza en la parte exterior la danza nupcial, entre los dos coros que han quedado á la

puerta. Las jóvenes armadas de un baston encorvado imitan las diversas operaciones de la labor, y los jóvenes guerreros hacen la centinela á su lado con el arco en la mano. Repentinamente sale de la selva un partido enemigo y se esfuerza en robar las mujeres, estas tiran su azada y huyen; sus hermanas vuelan



PETICION MATRIMONIAL.

á socorrerlas. Empéñase un combate simulado, y los raptos son rechazados.

A esta pantomima suceden otros cuadros trazados con una viveza natural: esto es, la pintura de la vida doméstica, el cuidado de la casa, los quehaceres de la cabaña, los placeres y trabajos del hogar: dulces ocupaciones de una madre de familia. Este espec-

táculo termina por una rueda donde las jóvenes giran al revés de la carrera del sol, y los jóvenes guerreros segun el movimiento aparente de este astro.

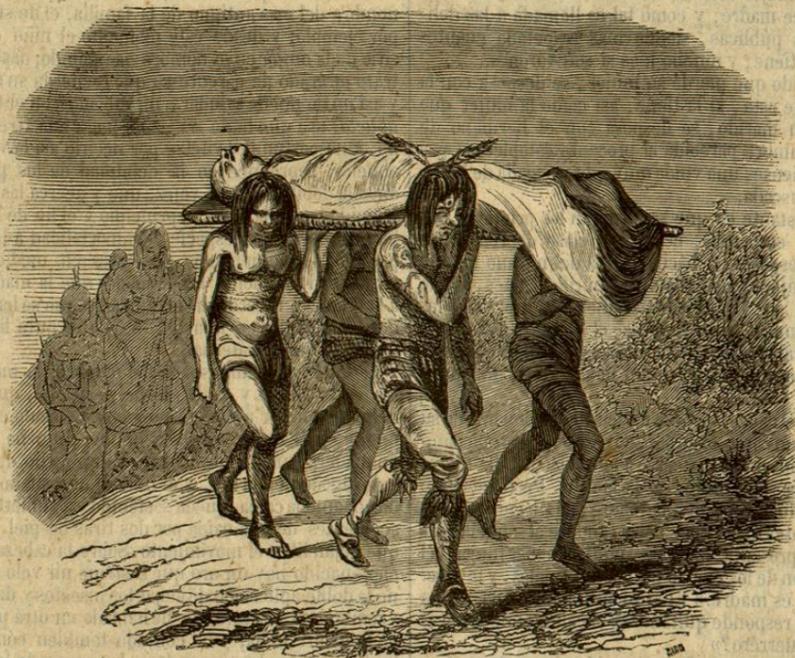
La comida sigue despues, y se compone de sopa, caza, tortas de maiz y cañaleja, especie de legumbre, manzanas de mayo, especie de fruta dada por una yerba, pescado, viandas tostadas y aves asadas.

Se bebe en grandes calabazas el jugo del arce ó del zumaque, y en pequeñas tazas de haya una preparacion de casina, bebida cálida de que se sirven como del café, consistiendo la esplendidez de la comida en la profusion de los manjares.

Despues del festin, la multitud se retira quedando solo en la cabaña del viejo pariente doce personas, seis saquems de la familia del marido, y seis matronas de la familia de la mujer. Estas doce personas, sentadas en tierra, forman dos círculos concéntricos describiendo los hombres el círculo exterior. Los cónyuges se colocan en el centro de los dos círculos y tienen horizontalmente cada cual por un cabo una caña de seis piés de largo. El esposo alza en la mano derecha una pata de cabra, y la esposa, eleva en la mano

izquierda una gavilla de maiz. La caña tiene pintados diversos geroglíficos que marcan la edad de la pareja unida y la luna en que se celebra el matrimonio. Depositánse á los piés de la mujer los presentes del marido y de su familia, á saber: un adorno completo, el guardapiés de corteza de morera, el corsé de lo mismo, el manto de plumas de aves ó de piel de marta, las mocassins bordadas de pelo de puerco-espín, brazaletes de conchas y anillos ó perlas para las narices y orejas.

A estos adornos para vestir se unen una cuna de junco, un trozo de agárico, pedernal para encender el fuego, el caldero para cocer las viandas, la correa de cuero para llevar las cosas de peso y la leña para el hogar. La cuna hace palpar el corazon de la es-



FUNERALES.

posa; el caldero y el collar no la espantan, pues mira con sumision aquellas muestras de la esclavitud doméstica.

El marido no deja tambien de recibir su leccion: un rompe-cabezas, un arco y un remo le anuncian sus deberes: combatir, cazar y navegar. En algunas tribus, un lagarto verde, de aquella especie cuyos movimientos son tan rápidos que apenas puede seguirlos la vista, y algunas hojas secas amontonadas en una cesta, dan á entender al nuevo esposo que el tiempo huye y el hombre cae. Estos pueblos enseñan la moral de la vida por emblemas, y recuerdan que la naturaleza ha distribuido á cada uno de sus hijos una parte de cuidados y deberes.

Encerrados los dos esposos en el doble círculo de los doce parientes, y declarando que quieren unirse, el mas viejo toma una caña de seis piés y dividida en doce pedazos entrega uno á cada uno de los doce testigos, los que están obligados á presentar su pedazo de caña, para reducirlo á cenizas, el dia que los esposos pidan el divorcio.

Las jóvenes que han llevado á la esposa á la cabaña

del mas viejo, terminan su acompañamiento con cánticos á la choza nupcial, y los guerreros á su vez conducen á ella al nuevo esposo. Los convidados á la fiesta vuelven á sus aldeas y echan pedazos de su vestido en los rios, en sacrificio á los manitús, quemando una parte de su alimento.

En Europa, los jóvenes se casan para huir el servicio militar; pero en la América Septentrional ninguno puede casarse como no haya combatido por la patria. No se juzga á un hombre digno de ser padre, sino cuando ha probado que sabe defender sus hijos. Por una consecuencia de esta varonil costumbre, un guerrero no comienza á gozar de consideracion pública, sino desde el dia de su matrimonio.

La pluralidad de las mujeres está admitida, pero solo un abuso contrario da muchos maridos á una mujer: las hordas mas groseras ofrecen sus mujeres é hijas á los extranjeros. No es una depravacion, sino el sentimiento profundo de su miseria, lo que conduce á los indios á esta especie de infamia, pues piensan hacer mas feliz su familia mudando la sangre paternal.

Los salvajes del Nor-Oeste pretenden descender de

la raza del primer negro que descubrieron: le tomaron por un genio malo, y connaturalizándole con ellos, creyeron proveerse de inteligencias y protectores entre los genios negros.

El adulterio en la mujer era en la antigüedad castigado entre los hurones por la mutilación de la nariz, porque se quería que la falta permaneciese grabada en el rostro.

En caso de divorcio, los hijos son adjudicados á la mujer, porque entre los animales, dicen los salvajes, es la hembra la que alimenta á los hijos.

La mujer que se hace embarazada al primer año de su matrimonio, es vituperada como incontinente, y para evitar esta nota y destruir su fruto prematuro, toman algunas veces el jugo de una especie de ruda: empero ¡inconsecuencias inherentes al hombre! al paso que sus costumbres parecen tan rígidas en este punto, la mujer solo es estimada en el momento en que se hace madre, y como tal es llamada á las deliberaciones públicas, siendo mas respetada cuantos mas hijos tiene, y mucho mas si son varones.

Un marido que pierde su mujer, se desposa con la hermana de esta, si la tiene, así como la mujer que pierde á su marido, se desposa con el hermano de este; costumbre parecida al precepto establecido por la ley ateniense: una viuda muy sobrecargada de hijos, es muy buscada.

En el instante en que se declaran los primeros síntomas del embarazo, cesa toda clase de relaciones entre los esposos, y hácia el final del noveno mes se retira la mujer á la cabaña de las purificaciones, donde es asistida por las matronas. Mientras está en ella, ningun hombre, sin exceptuar el marido, puede entrar en la cabaña, donde permanece treinta ó cuarenta dias despues del parto, segun haya dado á luz varón ó hembra.

Cuando el padre recibe la noticia del nacimiento de su hijo, toma un calumet de paz, cuyo tubo rodea con pámpanos de vid virgen, y corre á anunciar la feliz nueva á los diversos miembros de la familia. Perteneciendo el hijo exclusivamente á la madre, se dirige primero á los parientes maternos, y acercándose al saquem mas anciano le presenta su pipa despues de haber fumado él en dirección de los cuatro puntos cardinales, y le dice: «Mi mujer es madre.» El saquem toma la pipa, fuma á su vez, y responde quitándose el calumet de la boca: «¿Es un guerrero?»

Si la respuesta es afirmativa, el saquem fuma tres veces mirando al sol; pero si es negativa, no fuma mas que una vez. El padre, concluidas estas ceremonias, es conducido en triunfo á mayor ó menor distancia, segun el sexo del recién-nacido. Cuando un salvaje es padre, adquiere nueva autoridad en la nacion, pudiendo decirse que su dignidad de hombre empieza con su paternidad.

A los treinta ó cuarenta dias de purificación, la parida se dispone á volver á su cabaña, y reunidos los parientes, se pone nombre al niño: apágase el fuego; arrojase al viento las antiguas cenizas del hogar; preparase una hoguera compuesta de maderas aromáticas; el sacerdote ó juglar, con una mecha en la mano, se dispone á encender el nuevo fuego; y por último, se purifican los lugares del contorno, rociándolos con agua de fuente.

No tarda en aparecer la jóven madre, que avanza sola hácia la cabaña vestida con un traje enteramente nuevo, pues nada de lo que la haya pertenecido le es permitido usar en este caso. Descubierta la mama izquierda, suspende de ella á su hijo, completamente desnudo, y al llegar á los lares, se queda en el umbral de la puerta.

El sacerdote pone fuego al hogar, y adelantándose el marido, recibe á su hijo de las manos de su mujer. Reconocido por él, le proclama en alta voz, asistiendo á estas ceremonias, en algunas tribus, solo los

parientes del mismo sexo que el niño. Despues de haber besado los labios de su hijo, el padre le entrega al saquem mas anciano, y de las manos de este pasa el recién-nacido á los brazos de toda la familia, concluyendo por recibir la bendición del sacerdote y los votos de las matronas.

Terminado este acto, se pasa á elegir el nombre con que se le ha de distinguir, sin que en ninguna de estas ceremonias intervenga la mujer, que permanece en el dintel de la cabaña. Cada familia tiene por lo comun tres ó cuatro nombres, que se renuevan alternativamente; pero nunca recae la eleccion en los extraños á la línea materna. Segun la opinion de los salvajes, es el padre el que crea el alma del niño, y la madre la que la engendra en su cuerpo (1), y así nada mas justo que el cuerpo reciba un nombre que emane de la madre.

Quando se quiere honrar al niño se le confiere el nombre del mas antiguo de la familia, el de su abuelo por ejemplo; y desde este momento el niño ocupa el sitio de la mujer cuyo nombre ha recibido; dásele en el trato el grado de parentesco que recuerda su nombre, y así un tio puede saludar á un sobrino con el título de *abuela*; uso que haria reír, sino fuera en extremo tierno. Esta costumbre vuelve por decirlo así la vida á los abuelos; reproduce en la debilidad de los primeros años la debilidad de la vejez, une y acerca las dos extremidades de la vida, el principio y el fin de la familia; comunica una especie de inmortalidad á los antepasados, suponiéndolos presentes en medio de su posteridad; aumenta los cuidados que la madre debe á la infancia, recordando los cuidados que se han tomado por la suya; en una palabra, la ternura filial aumenta el amor maternal.

Despues de la imposición del nombre, la madre entra en la cabaña y se la devuelve su hijo, que ya no debe pertenecer á nadie sino á ella. Colócale cariñosamente en la cuna, formada de una pequeña plancha de madera sumamente ligera y de un lecho de musgo y de algodón en bruto, y el infante depositado desnudo en aquella cama, queda sostenido y á cubierto de los accidentes de una caída por dos tiras de piel flexible, que déjan libre el movimiento. Sobre la cabeza del recién-nacido hay un aro que sostiene un velo que tiene la doble aplicacion de alejar los insectos y dar fresco y sombra á la criatura. Ya he hablado en otra parte (2) de la madre india, y he contado tambien cómo lleva los hijos; cómo los suspende de las ramas de los árboles; cómo les canta; cómo los adorna; cómo los duerme y los despierta; y cómo en fin despues de su muerte los llora; cómo va á repartir su leche sobre el césped de su tumba, ó recoge su alma en las flores (3).

Despues del matrimonio y el nacimiento, incumbe hablar de la muerte, término fatal de las escenas de la vida; pero he descrito tantas veces los funerales de los salvajes, que casi está agotado este asunto.

No repetiré, pues, lo que he dicho en la *Atala* y los *Natchez*, relativamente al modo de vestir al difunto, cómo se le pinta y cómo se conversa con él, etc. Añadiré solamente, que es uso admitido en todas las tribus, reunirse en los casos de defuncion para que la familia distribuya lo que poseía el muerto entre todos los convidados á la comida fúnebre, pues es obligatorio comer y beber todo lo que se halla en la cabaña. Al amanecer se exhalan fuertes gemidos sobre el ataúd de corteza donde yace el cadáver, volviendo á comenzar al anocheecer; esta ceremonia dura tres dias, y en el último se entierra el difunto. Cúbrese su sepultura con un montoncillo de tierra; y si sus hazañas guerreras le han

(1) Véanse los *Natchez*.

(2) *Atala*, *Genio del Cristianismo*, *Natchez*, etc.

(3) Véase en cuanto á la educación de los hijos, la carta que antecede, pág. 52.

hecho célebre, un palo pinrado de encarnado marca su sepultura.

En muchas tribus los parientes del muerto se hacen heridas en las piernas y en los brazos, y un mes despues todavía se continúan los gritos de dolor al ponerse y salir el sol, recordándose aun durante muchos años el aniversario de la pérdida sufrida, por gritos semejantes.

Quando muere un salvaje en el invierno, cazando, su cuerpo permanece en las ramas de los árboles, y no se le rinden los últimos honores, sino cuando han vuelto los guerreros á su tribu, costumbre que se practica tambien en otro tiempo entre los moscovitas.

No solamente los indios tienen oraciones y ceremonias diferentes segun el grado de parentesco, dignidad, edad y sexo de la persona finada, sino que tienen tambien tiempos de exhumación pública (4) ó conmemoración general.

¿Por qué los salvajes de América son los que mas veneración tributan á los muertos? En las calamidades nacionales lo primero en que se piensa es en salvar los tesoros de la tumba, y parece no reconocerse la propiedad legal sino allí donde están enterrados sus antepasados. Siempre que los indios han defendido sus derechos de posesion, se han servido de este argumento que les parecia incontestable: «Diremos á los huesos de nuestros padres: «Levantaos y seguidnos á una tierra extraña.» Y cuando este argumento no ha producido el eficaz resultado que apetecian, ¿qué han hecho? han llevado consigo las osamentas que no podían seguirlos.

Los motivos de esta adhesión extraordinaria á sus queridas reliquias se adivinan fácilmente. Los pueblos civilizados tienen, para conservar el recuerdo de su patria, los monumentos de las letras y de las artes; tienen ciudades, palacios, torres, columnas, obeliscos; tienen la huella del arado en los campos por ellos cultivados; sus nombres están grabados en metal ó mármol, y sus acciones son conservadas en las crónicas.

Los salvajes nada de esto tienen: su nombre solo se halla escrito en los árboles de sus selvas; su choza, edificada en algunas horas, perece en cortos instantes; la simple laya de labor que solo desflora la tierra no ha podido aun formar un surco; sus canciones tradicionales desaparecen con la última memoria que las retenga, con la última voz que las repita. No hay pues para las tribus del Nuevo-Mundo mas que un solo momento: la tumba. Arrebatada á los salvajes los huesos de sus padres, y los arrancareis su historia, su ley y hasta sus dioses: arrebatareis á la posteridad de aquellos hombres la prueba de su existencia, y tambien la de su nada.

COSECHAS, FIESTAS, RECOLECCION DEL

AZUCAR DE ARCE, PESCA, DANZAS Y JUEGOS.

COSECHAS.

Se ha creído y se ha dicho que los salvajes no sacan partido de la tierra, y esto es un error. Dedicándose es verdad, con especialidad á la caza, pero todos se entregan á alguna especie de cultivo, todos saben aplicar las plantas y los árboles á las necesidades de la vida, y los que ocupaban el hermoso país que forma hoy los Estados de la Georgia, del Teneseo, de la Alabama y del Misipipi, eran bajo este punto de vista mas civilizados que los naturales del Canadá.

Entre los salvajes, todos los trabajos públicos son fiestas: pasados los últimos frios, las mujeres siminolas, chicasesas y natchez se arman de una laya de no-

(4) *Atala*.

gal, y colocándose en la cabeza, cestas divididas con varios compartimentos, llenos de semillas de maíz, pipas de sandía, habas y girasoles, se trasladan al campo comun, situado generalmente en una posición fácil de defender, como en una lengua de tierra entre dos rios ó en un círculo de colinas.

Colócanse en línea á una de las extremidades del campo, y comienzan á remover la tierra con su laya, marchando hácia atrás.

Mientras que remueven así la labor antigua sin formar surco, otras indias las siguen, sembrando el espacio preparado por sus compañeras. Echanse mezcladas en el barbecho las habas y el maíz; y cuando este ha crecido, sus cañas sirven de tutores ó sustentáculo á las legumbres trepadoras.

Entretanto, las doncellas se ocupan en formar capas de una tierra negra y lavada en las que distribuyen pipas de calabaza y girasol, y alrededor de estos lechos de tierra se encienden hogueras de madera verde, con el objeto de activar la germinación por medio de la humareda.

Los saquems y los juglares presiden los trabajos, y los muchachos, vagando alrededor del campo comun, espantan á los pájaros con sus gritos.

FIESTAS.

La fiesta del trigo verde se celebra en el mes de junio: cógese cierta cantidad de maíz cuando está aun en leche, y de este grano, esquisito en este estado, se amasa el *tassomanony*, especie de torta que sirve de provision de guerra y de caza.

Las mazorcas de maíz puestas á hervir en agua de fuente, se sacan á medio cocer, y se someten á un fuego lento. Cuando han adquirido un color rojizo, se las desgrana en un *poutagan* ó mortero de madera. Se machaca el grano en él, humedeciéndole, y esta masa cortada en trozos y secada al sol, se conserva por un tiempo ilimitado. Cuando se quiere usar de ella basta meterla en agua, leche de nuez ó jugo de arce, y así remojada ofrece un alimento sano y agradable.

La fiesta principal de los Natchez era la del fuego nuevo, especie de jubileo en honor del sol, en la época de la gran cosecha: el sol era la divinidad principal de todos los pueblos vecinos al imperio mejicano.

Un especie de pregonero público recorría las aldeas, anunciando la ceremonia al son de una gran concha, y diciendo estas palabras: «Que cada familia prepare vasos nuevos y vestidos sin estrenar; que se laven las cabañas; que los granos, trajes y utensilios viejos sean desechados y quemados en una hoguera comun, en medio de cada aldea; que los malhechores vuelvan á sus hogares pues los saquems olvidan sus crímenes.»

Esta amnistia de los hombres, concedida á los hombres en el momento en que la tierra les prodiga sus tesoros; aquella llamada general de los felices y de los infortunados, de los inocentes y de los culpables al gran banquete de la naturaleza, eran un resto tierno de la sencillez primitiva de la raza humana.

Al segundo dia volvía á aparecer el pregonero: prescribía un ayuno de sesenta y dos horas acompañado de una abstinencia rigurosa de todo placer, y ordenaba al mismo tiempo la *medicina de las purificaciones*. Todos los natchez tomaban inmediatamente algunas gatas de una raíz que llamaban la *raíz de sangre*, raíz perteneciente á una especie de *plantin* y que destila un licor rojo que tiene las cualidades de un violento emético. Durante los tres dias de abstinencia y de oración, se guardaba un profundo silencio poniéndose un especial cuidado en separarse de las cosas terrestres para ocuparse únicamente de AQUEL que madura el fruto en el árbol y el trigo en la espiga.

Al final del día tercero, el pregonero proclamaba la apertura de la fiesta, que fijaba para el siguiente.

Illuminado apenas el cielo con la blanca luz de la aurora, se veía avanzar por los caminos brillantes de rocío á los jóvenes, matronas y saquems. El templo del Sol, gran cabaña alumbrada solo por la luz que penetraba por sus dos puertas, una por la parte de Occidente y otra por la del de Oriente, era el sitio de la cita: abierta la puerta oriental, el pavimento y las paredes interiores del templo aparecían cubiertas de esteras finas, pintadas y ornadas con diferentes geroglíficos. Varios cestos colocados con orden en el santuario, encerraban las osamentas de los antiguos gefes de la nación, como las tumbas en nuestras iglesias góticas.

Sobre un ara colocada al frente de la puerta oriental para que recibiera los primeros rayos del sol saliente, se elevaba un ídolo que representaba un chuchua. Este animal, del tamaño de un lechoncillo, tiene el pelo de tejon, la cola de rata y las patas de mono: la hembra tiene en el vientre una bolsa donde alimenta á sus hijuelos. A la derecha de la imagen del chuchua se veía la figura de una serpiente de cascabel, y á la izquierda, un muñeco groseramente esculpido. Ante estos símbolos ardía en un vaso de piedra un fuego de corteza de encina, que por ningún concepto debía extinguirse, exceptuando la víspera de la fiesta del fuego nuevo ó la de la cosecha; las primicias de los frutos estaban suspendidas alrededor del ara, y los asistentes colocados en el templo por el orden siguiente:

El Gran-Gefe ó el Sol á la derecha del ara; á la izquierda la Mujer-Gefe única mujer que tenía derecho á penetrar en el santuario; al lado del Sol se situaban sucesivamente los dos Gefes guerreros, los dos oficiales para los tratados, y los principales saquems; al lado de la Mujer-Gefe se sentaban el edil ó inspector de los trabajos públicos, los cuatro heraldos de los festines, y en seguida los jóvenes guerreros. En tierra, delante del ara, algunos trozos de cañas secas echadas oblicuamente unas encima de otras hasta la altura de diez y ocho pulgadas, trazaban círculos concéntricos cuyas diferentes circunferencias abrazaban, apartándose del centro, un diámetro de doce á trece piés.

El gran sacerdote, en pié en el umbral del templo, tenía la vista fija en el Oriente, y antes de presidir á la fiesta se había bañado tres veces en el Misisipi. Una túnica blanca de corteza de abedul le cubría, ciñéndose por los riñones con una piel de serpiente. El antiguo buho lleno de paja, que acostumbraba á llevar en la cabeza, había sido reemplazado por el pellejo de un ave joven de la misma especie. Este sacerdote frotaba con lentitud, uno contra otro, dos pedazos de madera seca, pronunciando en voz baja palabras mágicas. A su lado, dos acólitos levantaban por las asas dos copas llenas de una especie de sorbete negro. Todas las mujeres, con la espalda vuelta al Oriente, y apoyando una mano sobre su laya y llevando de la otra á sus hijos, describían, en la parte exterior, un círculo á la puerta del templo.

Esta ceremonia tenía cierto carácter angusto; porque la grandeza del verdadero Dios se deja sentir hasta en las supersticiones de las falsas religiones; el hombre que ora es respetable; la súplica que se dirige á la Divinidad es tan santa por su naturaleza, que imprime un carácter sagrado al que la pronuncia, ya sea inocente, culpable, ó desgraciado. Era por cierto un espectáculo tierno el que ofrecía una nación reunida en un desierto en la época de la cosecha para dar gracias al Todopoderoso por sus beneficios, para cantar al Creador que perpetúa el recuerdo de la Creación, mandando al sol se eleve todas las mañanas sobre el mundo.

Un profundo silencio reinaba en la multitud. El gran sacerdote observaba atentamente las variaciones que presentaba el cielo. Cuando los colores de la au-

rorra, trocados de rosa en púrpura, comenzaban a ser atravesados por los rayos de un fuego puro y se hacían cada vez mas vivos, el sacerdote aceleraba la colisión de los dos trozos de madera seca. Una mecha azufrada, formada de médula de caña estaba preparada para recibir la chispa. Los dos maestros de ceremonias se adelantaban con paso mesurado, el uno hacía el Gran-Gefe y el otro hacía la Mujer-Gefe. De cuando en cuando se inclinaban, y por último se detenían ante el Gran-Gefe y la Mujer-Gefe, y permanecían completamente inmóviles.

Vivos torrentes de llamas se escapaban del Oriente, y la parte superior del disco del sol se mostraba en el horizonte. En aquel mismo instante el gran sacerdote oprime el oah sagrado; el fuego surge de la madera calentada por el frotamiento, la mecha azufrada se enciende, las mujeres que se hallan en la parte exterior del templo se vuelven súbitamente y levantan todas á la vez hacía el astro del día, sus recién-nacidos y sus layas.

Los dos gefes de la nación beben el sorbete negro que les presentan los maestros de ceremonias, el juglar comunica el fuego á los círculos de cañas, y la llama serpentea siguiendo su espiral. Muchas cortezas de encina arden en el ara, y aquel fuego nuevo da pábulo á los fuegos apagados de la aldea. El Gran-Gefe entona el himno al sol.

Consumidos los círculos de cañas y terminado el himno, la Mujer-Gefe sale del templo, y poniéndose á la cabeza de las mujeres, colocadas en fila se trasladan al campo comun de la cosecha. No siendo permitido á los hombres seguirlos, son las primeras que cogen las gavillas de maíz para ofrecerlas en el templo, y amasan con lo sobrante los panes ázimos del banquete nocturno.

Llegadas á los campos, arrancan en el cuadrado correspondiente á su familia cierto número de las gavillas mas hermosas de maíz, soberbia planta cuyas cañas de siete piés de altura, rodeadas de hojas verdes y coronada de un rollo de granos dorados, se parecen á aquellos tallos rodeados de cintas que consagran á las iglesias de aldea nuestros campesinos. Millares de zarzales azules, de pequeñas palomas del grueso de un mirlo, de pájaros de los arrozales, cuyo plumaje gris tiene matices oscuros, se posan sobre el tallo de las gavillas y levantan el vuelo al aproximarse las segadoras americanas, enteramente ocultas en las espesuras de los grandes espinos. Los zorros negros hacen algunas veces estragos considerables en estos campos.

Las mujeres vuelven al templo llevando sobre la cabeza las primicias encerradas en fardos, y el gran sacerdote, recibiendo la ofrenda, la deposita en el ara. Se cierra la puerta oriental del santuario, y se abre la occidental.

Reunida la multitud á esta puerta cuando el día va á cerrar, designaba una media luna cuyas extremidades estaban vueltas hacía el sol, y los asistentes, con el brazo derecho levantado presentaban los panes ázimos al astro de la luz. El juglar cantaba el himno de la tarde, que era un elogio del sol poniente: sus rayos nacientes habían hecho crecer el maíz, y sus rayos moribundos habían santificado las tortas formadas del grano de la gavilla cosechada.

Allugar la noche se encendían fuegos, se asaban oseznos que cebados con raíces silvestres, ofrecían en aquella época del año un manjar excelente. Se ponían á tostar sobre los carbones, pavos de las sábanas, perdices negras y una especie de faisanes mas gordos que los de Europa. Estas aves así preparadas se llamaban *el alimento de los hombres blancos*. Las bebidas y frutos servidos en esta comida eran el agua de arce, de zarzaparrilla, de plane, de nogal blanco, las manzanas de mayo, los *plankmines*, y las nueces. Los llanos resplandecían con la llama de las hogueras, y

por todas partes se oía el sonido del chichikué, del tamboril y del pito, mezclados con las voces de los bailarines y los aplausos de la muchedumbre.

Si en estas fiestas, algun infortunado, extraño á aquella alegría, pasease sus miradas por los juegos del llano, un saquem iría á buscarle y se informaría de la causa de su tristeza: él curaría sus males si eran remediables, ó se los aliviaría al menos si no podían tener término.

La cosecha de mayo se hace arrancando las gavillas ó cortándolas á dos piés de altura del tallo. El grano se conserva en odres ó en fosos guarnecidos de cañas. Guárdanse tambien gavillas enteras desgranándolas á medida que se van necesitando. Para reducir el maíz á harina se le machaca en un mortero ó se le estruja entre dos piedras. Los salvajes usan tambien de molinos de mano comprados á los europeos.

La cosecha de la avena-locá ó del arroz silvestre sigue inmediatamente á la del maíz, y ya he hablado de ella en otra parte (1).

RECOLECCION DEL AZUCAR DE ARCE.

La recolección del suco del arce se hacía y se hace aun hoy entre los salvajes, dos veces al año. La primera recolección tiene lugar hácia el fin de febrero, de marzo ó de abril, segun la latitud del país donde crece el arce azucarero. El agua recogida despues de las ligeras heladas de la noche, se convierte en azúcar haciéndola hervir á fuego vivo. La cantidad de azúcar obtenida por este procedimiento varia segun las calidades del árbol. Esta azúcar, fácil de digerir, tiene un color ver-luzco y es de un gusto agradable, aunque un poco ácido.

La segunda recolección se verifica cuando la savia del árbol no tiene bastante consistencia para cambiarse en suco. Esta savia se condensa en una especie de melaza, que, disuelta en el agua de fuente, ofrece un licor fresco durante los calores del estío.

Cultívase con gran cuidado la madera del arce de la especie roja y blanca, y son los mas productivos aquellos cuya corteza parece negra y como sarnosa. Los salvajes han creído observar que estos accidentes son ocasionados por el pico-verde de cabeza roja, que horada el arce, cuya savia es mas abundante, y la respeta como un ave inteligente y un genio bueno.

A cuatro piés de tierra próximamente, se abren dos agujeros de tres cuartos de pulgada de profundidad, en el tronco del arce, que se perforan de alto á bajo para facilitar la salida de la savia.

Estas dos incisiones primitivas están hechas por la parte que mira al Sur, y corresponden paralelamente á otras dos semejantes practicadas en la parte Norte, ahondándose despues estas cuatro cortaduras á medida que el árbol va dando su savia hasta dos pulgadas y media de profundidad.

Dos artesas de madera, colocadas en las dos faces del árbol, que están horadadas, reciben la savia que se dirige á ellas por dos tubos de caña introducidos en las cortaduras.

Cada veinte y cuatro horas se extrae el suco destilado, y conducido á unos tinglados cubiertos de cortezas de árboles, se le hace hervir en una vasija de piedra hasta que espuma. Cuando se ha reducido á la mitad por la acción del fuego, se le trasiega á otra vasija donde continua hirviendo hasta que toma el punto de jarabe. En este estado se le saca del fuego y se le deja reposar por espacio de doce horas, pasadas las cuales se le decanta en una tercera vasija, cuidando no se remueva el sedimento que haya producido la clarificación.

(1) *Natchez*.

Este tercer recipiente se somete á su vez á la acción de un fuego lento, cuidando de echar un poco de grasa al jarabe para impedirle rebese los bordes. En el momento en que se nota que empieza á tomar punto, se pasa con presteza á un cuarto y último recipiente llamado *refrigerante*; entonces una mujer vigorosa meneá el líquido sin parar con un trozo de palo de cedro, hasta que tome el grano del azúcar. Ya en esta consistencia, se le pasa á unos moldes de corteza que dan al fluido coagulado la forma de pequeños panes cónicos, terminando con esto la operación.

Cuando solo se trata de hacer melazas, el procedimiento concluye con el segundo fuego.

La extracción de la savia del arce dura quince días, y todos ellos, puede decirse, son una fiesta continua. Todas las mañanas van los salvajes al bosque de arces, generalmente regado por una corriente y animado con los bulliciosos grupos de indios é indias dispersos á los piés de los árboles: los jóvenes danzan y se entretienen en diferentes juegos, mientras los niños se bañan en los arroyuelos, vigilados por los saquems. Por la alegría de aquellos salvajes, su semi-desnudez, la vivacidad de sus bailes, las luchas no menos bulliciosas de los bañistas, la movilidad y frescura de las aguas y la vejez de las enramadas, se creería asistir á una de aquellas escenas de los Faunos y Driadas descritas por los poetas:

Tum vero in numerum Faunosque, ferasque videres
Ludere.

PESCA.

Los salvajes son tan hábiles en la pesca, como diestros en la caza: apresan al pez con el anzuelo y la red y agotan los vivares. Pero además, tienen pescas públicas, y la mas célebre de todas es la del esturion en el Misisipi y sus afluentes.

Esta fiesta empezaba por el matrimonio de la red. Seis guerreros acompañados de seis matronas, llevaban esta, y adelantando por en medio de los espectadores, agrupados en la plaza pública, pedían en matrimonio para sus hijos, esto es, la red, dos doncellas que designaban.

Los parientes de las jóvenes daban su consentimiento, y estas y la red, eran casadas por el juglar con las ceremonias acostumbradas: así tambien el dux de Venecia se desposaba con el mar.

Las danzas alegóricas seguan inmediatamente al matrimonio; y despues de las bodas de la red el concurso pasaba al río, en cuya márgen estaban reunidas las canoas y piraguas. Las desposadas, envueltas en la red, marchaban á la cabeza del cortejo, pasando á ocupar los beros despues de haberse provisto de hachones de pino y piedras para encender lumbre. La red, sus mujeres, el juglar, el Gran-Gefe, cuatro saquems y ocho guerreros para manejar los remos, se embarcaban en una gran piragua que precedía la flota.

Esta marchaba á alguna bahía frecuentada por el esturion, y durante la travesía se pescaban los demás peces que se ofrecían al paso, como la trucha y el pez armado, aquella con la red, y este con el anzuelo. Al esturion se le hiere con un dardo atado á una cuerda anudada en lo interior de la canoa. El pez herido, huye arrastrando tras sí la canoa; pero debilitándose poco á poco su huida, acaba por espirar en la superficie del agua. Las diferentes actitudes de los pescadores, el juego de los remos, el movimiento de las velas, la posición de las piraguas agrupadas ó dispersas mostrando ora un costado, ora la popa ó la proa, todo contribuye á ofrecer un espectáculo sumamente pintoresco, formando los paisajes terrestres el fondo inmóvil de aquel movible cuadro.

A la entrada de la noche, se encendían hachones